

# El Guadalete.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852.)

AÑO XLII.

Jerez de la Frontera: Viernes Santo 3 de Abril de 1896.

NÚM. 12.293.

## LA REDENCIÓN.

Hace 2.000 años próximamente que se habla, se escribe y se admira, el gran día de la redención. Desde aquel entonces, vive la humanidad, redimida; vive, en otro mundo moral, con los caminos señalados, y abiertas las puertas de la vida eterna.

Estábamos perdidos, en una noche sin fin, en las extensiones de un desierto. Nos rodeaban por todas partes los peligros, los precipicios y los misterios é iban además cargados con el propio peso de nuestras grandes flaquezas y vacilaciones. Queríamos llegar, sin saber ir, ansiábamos ver y nuestros ojos, no encontraban el menor rayo de luz. ¡Qué triste vivir, cuán grandes amarguras banaban el espíritu!

De pronto en aquel caos de tinieblas, surge sobre una cumbre una luz misteriosa; el desierto se ilumina, los horizontes se aclaran, cerca está el camino perdido y cerca también y clarividente el destino ansiado, el punto de confluencia de nuestros ensueños espirituales, de nuestras atracciones íntimas y de nuestras aspiraciones más indefinidas.

En esta situación, nuestras rodillas se doblaron y caímos al pie de aquella luz salvadora, santa reverberación de un poder y de un amor infinito.

Esto sucedió y podemos decir que la historia de este relato es la historia de la humanidad. El mundo antiguo caminaba á ciegas, entregado á supersticiones vergonzosas. El hombre era ó tirano ó esclavo, llevaba en sus manos ó el látigo, ó la cadena. Jamás brilló para aquellas sociedades la luz de la justicia y de la libertad y Sócrates y Platón los más eminentes filósofos espiritualistas de las edades más allá de la cruz ni siquiera comprendieron, que el mundo podía vivir sin esclavitud; la mujer como mujer y el régimen social bajo una ley de amor y de sacrificio.

En aquella tarde se había reunido en Jerusalén muchísimas gentes. Los judíos acudían de Alejandría, de Roma, del Asia y del Egipto. Allí estaban muchos galileos, los más adictos á Jesús, los que prepararon su entrada triunfal en Jerusalén; había además muchos extranjeros ignorantes de la vida interior de aquel pueblo singular. Todos parecían haberse dado cita para clamar juntos por la redención de una nueva vida espiritual.

Pero esta vida espiritual no podía llegar sin un sacrificio inmenso, sin que Dios mismo agotara un Caliz amarguísimo.

Era necesaria la muerte del Justo y la pidieron con furor. ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! se oía como un rumor ingente en que parecía tomaban parte hasta los muertos que la esperaban... Cristo miraba con dulzura hacia las muchedumbres, y en su infinito dolor pedía perdón para ellos. «Perdonalos que no saben lo que hacen.» Crecía el furor, crecían los gritos, y Pilato en nombre del pueblo romano, que era lo mismo que en nombre del mundo, lo entrega á sus verdugos.

Jesús fué entregado por el paganismo y sacrificado por el pueblo de Dios.

Al descender la tarde, ya la desdichada humanidad estaba redimida, ya las cadenas de la esclavitud estaban rotas, y rotas también las puertas que cerraban el paso de la vida eterna y de la justicia.

Cuando en las mayores amarguras de Jesús, se creía abandonado de su Padre, nosotros éramos recogidos en su regazo.

Es verdad que aquel pueblo le odiaba; es verdad que le llenaron de bafa y de escarnio, pero por un misterio incomprensible, después de su muerte, al pie de aquella cruz surgió una fuente inagotable de amor. ¿Quién no ama á Jesús? ¿Quién no tiene grabado desde que nace, aquella escena sublime, aquella santa agonía, que empieza bendiciéndonos y termina salvándonos de la muerte?

LDEFONSO YAÑEZ.

Jerez 2 de Abril de 1896.

## LA LEY DEL AMOR.

No adulé al poderoso, ni sedujo á las turbas. Enseñó que debe darse al César lo que es del César, y á Dios lo que á Dios se debe; dió vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, y movimiento á los paráliticos, suspendiendo para ello las mismas leyes de la naturaleza ante las muchedumbres que atónitas contemplaban su maravilloso poder; su vida fué irreprehensible; el brillo de su nombre no lo eclipsó la imperfección más leve; la contradicción y la calumnia fueron constantemente la piedra de toque de sus nobles ejemplos; la verdad de su palabra salió siempre triunfante de las más apasionadas discusiones á que le sometió la perfidia y el encono de sus irreconciliables adversarios; vivió siempre pobre y jamás hizo valer en provecho propio el ascendiente que tuvo sobre sus adeptos; sometido á los tribunales resplandeció su inocencia, y sin embargo, muere escarnecido, odiado de un pueblo.

Adoremus los misterios de la Redención del mundo. Los más grandes sabios no podrían jamás explicar en toda su grandeza los mundos de amor y de sabiduría que atesora esa Cruz, de la cual pende cadáver, tras horribles

horas de agonía, el hombre más justo que vieron los siglos. Mas si es lícito en este día dar tregua al sentimiento para buscar los móviles á que respondió esa ejecución bárbara y sangrienta, no hemos de interrogar al soberbio Herodes, ni al débil Pilatos, ni al astuto Príncipe de los sacerdotes, Anás; ese pueblo amotinado frente al pretorio, agitando en estrepitoso oleaje en medio de la plaza pública, lo dice todo; una sola frase explica los antecedentes de esa página única en la historia de la humanidad. «Nosotros tenemos una ley, y según ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.»

He ahí la clave del misterio; la malicia humana se ha visto cogida en sus mismas redes, y ha expresado de una manera inconsciente la fórmula más acabada de la causa que defiende el Nazareno. «Se ha hecho Hijo de Dios»; y en verdad, nadie podía darle tan hermoso título, sino Dios mismo; y como Dios es eterno y de nadie recibir puede lo que le es esencial é inmanente, el dilema no podía ser más obvio é ineludible: ó se ha fingido Hijo de Dios ó lo es en realidad. Lo primero merece la pública execración y es tan enorme delito que la muerte es poca pena para castigarlo; mas contra tal hipótesis se declara la lógica y el buen sentido que proclaman la verdad de la doctrina de Cristo; sus hechos acreditan la legitimidad de su misión divina; luego hay que reconocer forzosamente su divinidad.

Mas en tal caso hay que adorarle, hay que aceptar su enseñanza, hay que confesar que yerran cuantos le persiguen y calumnian, y esto es duro para los hombres soberbios; el orgullo no admite imposiciones de la humildad, ni el desenfreno de las pasiones puede avenirse con la santa austeridad del Nazareno; por eso aquellos hombres, calificados más tarde por San Estebán de dura cerviz y de corazones incircuncisos, sacrificaron la justicia en aras de su propio interés, y cuando resonó en los espacios el furioso *crucifige*, se sancionó la más grande de las injusticias, por negarse á proclamar el más alto misterio de amor, se consumó el más horrendo misterio de iniquidad.

Hoy el pueblo cristiano el regar con sus lágrimas los altares erigidos á esa Cruz en todo el mundo civilizado, repite también la misma frase, pero en muy distinto sentido. Porque era precisamente el verdadero Hijo de Dios debía morir Jesucristo, nadie sino El podía desagraviar á la Majestad Divina; nadie sino El podía redimir al hombre; nadie sino El podía restablecer el imperio de la verdad y de la justicia sobre inconvertible base. A ello obligaba, no la ley que invocaba el pueblo de Judea en la embriaguez de su furor, sino la ley de la Divina Providencia, la LEY DEL AMOR INFINITO, que entrega en precio de redención aquello que Dios más ama. Así se ha creado la verdadera noción de la caridad; así se han trazado las únicas sendas por donde han de llegar los pueblos á la suspirada paz y unión fraterna.

¡Cosa rara! lo que más ha aproximado entre sí á los hijos de la gran familia humana, lo que más ha contribuido á establecer corrientes de amor, de humildad y de libertad bien entendida y mejor practicada, es precisamente el signo que brilla en el pecho de los Césares y que corona las altas cúpulas de los palacios imperiales. Tan hermosa paradoja será siempre la más brillante apología de la Cruz: porque la divina Víctima que en ella se ofrece como holocausto ha escrito con letras de sangre estas tres palabras que resumen toda la civilización; caridad, autoridad, libertad. La primera es el alma de toda sociedad culta; la segunda es el principio regulador de la vida social, la tercera es el fruto natural y lógico del desarrollo de ese principio en el medio ambiente de la caridad. Por eso la Cruz ha amparado, mejor dicho, ha inspirado todos los heroísmos del amor, ha robustecido todos los organismos y todas las instituciones destinadas por Dios á alimentar y dirigir el movimiento social, y ha sido la santa enseñanza, bajo cuyos pliegues se han cobijado los verdaderos ciudadanos en las grandes crisis que ha atravesado la libertad de los pueblos.

Hoy ante esa Cruz se alza en nuestros altares, imagen de aquella que se elevó en la cima del Calvario: en el gran día del Viernes Santo, no cabe otro culto que el de la más rendida adoración á ese glorioso trofeo de nuestra libertad cristiana; en presencia de ese monumento erigido por el amor divino deben enmudecer todos, los rencores y cesar todas las diferencias para cantar con la Iglesia: «Salve, oh Cruz, única esperanza de los mortales; aumenta la gracia de Dios á los hombres piadosos y otorga el perdón á los pecadores.»

## PARA LOS NIÑOS

Hemos entrado en la época del año que conmemora la Pasión y Muerte del Divino Redentor de los Hombres, á la cual preceden los Dolores de la Santísima Virgen. ¡Qué hermosísima figura la de la Madre del Redentor, siguiendo al Martir hasta el pie del afrentoso suplicio, presenciando su agonía abrazada al Santo Niño, y sintiendo su amante corazón traspasado de horribles dolores durante la espantosa y sublime tragedia del Calvario! ¡Cómo debe inflamarse nuestra piedad cristiana el sufrimiento de la Virgen-Madre, de la tierna

intercesora de los hombres, de la que es toda amor, consuelo y esperanza para el que sufre y llora, combatido entre los escollos del mundo por la tormenta de la adversidad! ¡Cómo debe inspirarnos filial cariño la que fué suma de todas las perfecciones, compendio de todas las virtudes, símbolo del mayor sufrimiento entre los sufrimientos todos de las humanas criaturas, madre amantísima de los huérfanos, consuelo de los afligidos y refugio de pecadores!

La devoción á la Virgen es uno de los caracteres distintivos del pueblo español, y contra ella ha sido siempre y será impotente la impiedad; pero, ¡qué mucho que esto sea así cuando desde nuestros primeros años asociamos la idea de la Virgen al cariño de nuestras madres, cuando estas nos encaminan á tan dulce devoción, y cuando diariamente repetimos la tiernísima oración de la Salve pidiendo á la Señora su amante intercesión para ser buenos, para ser dignos de alcanzar eterno premio de venturas tras de una efímera existencia de pesares!

Querreda mucho, niños buenos; rezadle todos los días; nunca, nunca en los días más tristes de vuestra existencia; nunca entre los mayores azares de la adversidad abandonéis su culto, seguros de que todos vuestros pesares serán menores si, apartando de ellos el pensamiento y fijándolo en el cielo, repetís, como os enseñaron nuestras madres amantísimas: ¡Dios te salve!

Para tratar de la Pasión de Jesucristo sin empequeñecerle es necesario ir al templo y escuchar la palabra divina.

Hay, no obstante, en las escenas que la Iglesia ha conmemorado, con independencia de su aspecto religioso, algunos puntos que os conviene meditar.

Queréis saber lo efímero de las mundanas glorias? Pues nada para ello tan elocuente, como la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén y los tormentos, sacrificios y muerte que la siguieron.

¿Buscáis una prueba de lo falible de la justicia humana? Ved para ello la sentencia del Justo.

Queréis conocer el criterio de las muchedumbres á que hoy se halla entregado el Derecho moderno? Pues recordad al pueblo de Jerusalén pidiendo la libertad de Barrabás y respondiendo á las tímidas exhortaciones en favor de Jesús con el grito repetido de: Crucifícale!

¿Pretendéis conocer hasta dónde llega la abnegación de una madre? Pues bien: ved á María recogiendo las palabras de tormento y agonía de su divino Hijo y depositando en el amante regazo su cuerpo muerto.

Ved en Judas la traición interesada, en Pedro el momentáneo desvío, en Pilatos la cobarde autoridad dejando prevalecer el error y el crimen...

Y si, huyendo de los vicios de la humana naturaleza, buscáis ejemplos que imitar, fijaos en el tránsito de Jesucristo en la tierra y tendréis personificados en él la obediencia y la mansedumbre, la dulzura y la resignación, la abnegación sublime y la constancia en padecer en defensa de la verdad... Seguid sus pasos y sus ejemplos, aunque sea desde muy lejos, que si es verdad que carecéis de la divina creencia del mismo, también lo es que, por muchos y muy grandes que sean vuestros padecimientos, en nada podrán compararse jamás con los que sufrió por salvarnos de la mancha del primer pecado el Redentor de la Humanidad.

M. OSSORIO BERNARD.

## VERSIONES CASTELLANAS

DE POESÍAS MÍSTICAS DEL POETA «LEMO»

### MOSEN JACINTO VERDAGUER

II.

*Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.*

SALMO 5-19.

CONTRICIÓN.

Delante de un crucifijo, avergonzado lloraba, mirando pasar mis culpas, como tropel de fantasmas.

Jesucristo, llorar viéndome, así muy amoroso habla:

«Por las culpas de tu cuerpo, mira el mío, hecho una llaga; por los que son de tu espíritu, padecer mira á mi ánima.»

Por los verros de tus ojos, fuentes se hicieron de lágrimas estos míos, llanto y sangre, llenos de lodo y de infamia.

Las culpas de tus oídos á mi fueron, amenazas, insultos y maldiciones, gritos de muerte, y desgracia.

Por los que son de tu gusto y lengua desenfrenada; hambres y sed tuve; bebiendo

el vinagre y hiel amarga.

De tus piés por los pecados, y para borrar tus faltas, vé aquí rasgados los míos, ¡quéales clavos los traspasan!

También por los de tus manos, están mis manos clavadas, que el mundo al cielo colgaron, cual los nidos en la rama.

Pear agudo causaronme los pecados de tu cara, tus escúpulos é inmundicias, azotes, golpes con caña.

Por los de tu frente, tengo mi cabeza coronada; son tus pensamientos malos espinas de mi guirnalda.

Por los de tu corazón vé el mío, que tanto ama, de tu odio, «de tu amor» traspasado por la lanza.

Dijo así con fuerte grito, que retronara en mi alma; cual también resuena agora, con la terrible lanzada.

¡Cual si así herido me hubieran, dí en tierra, con pena amargal, los ojos, un mar de llanto, el corazón hecho brasas!

Vade ad Apem

S. AMBROSIO.

A LAS ABEJAS

¿Cómo obráis, abejas tan divinas, en amargas espinas para sacar la miel?

Cuando el hombre, con manos primorosas, trae sólo de las rosas las espinas, la hiel?

¿Cómo lo haceis? Traer, pues, yo querría de males, alegría; de un bien, un bien mayor; humedad, del amargo vituperio; y un dulce refrigerio, de cada sinsabor.

MI CIELO.

Dios creador oculta del mortal á los ojos, los más preciosos dones la más fresca violeta, entre hojas la sepulta; y el amor más sublime, en pobres corazones.

Entre las duras rocas, los diamantes entiere, de entre los elementos, cual cosa la más vil; el oro fino guardan, entrañas de la tierra; abismos de los mares, la perla más gentil.

De la azulada boyeda, en la región mandada, el bello matutino lucero está colgado; y el cielo en nuestra vida, lo guarda en su almo seno Jesús crucificado.

AGUSTIN MUÑOZ Y GÓMEZ.

Xerez: Domingo de Ramos, 1896.

## LO ETERNO

De los siglos cediendo á la carcoma, volcados como escombros seculares, todo cruje, vacila y se desploma: imperios, nombres, fe, tronos y altares.

El vencedor de ayer hoy es vencido, sucumbió esclavo el que se alzaba fuerte, é implacable y tenaz, viene el olvido á completar el triunfo de la muerte.

Sólo una cosa, entre la eterna ruina, el torrente del tiempo no despeña: la salvadora, sin igual doctrina, que allá en la Cruz un Justo nos enseña.

Y seguirá del tiempo la cadena, burlando la soberbia de los hombres; borrando, cual las olas en la arena; glorias, imperios, religiones, nombres.

Y cuando llegue el pavoroso instante que marcará el supremo poderío, y los siglos den fin, y agonizante la Tierra se desplome en el vacío;

Antes que la Creación vuelva á la nada, sobre un caos de escombros y de horrores, por la postrera vez la Cruz sagrada aún abrirá sus brazos redentores.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

## AL SEÑOR

Yo te admiro, Señor, en la tormenta que iracunda revienta por cima de las selvas y los mares; yo te adoro, Señor, en esa altura, cuya techumbre obscura tachonan las estrellas á millares.

Sujetas ambas á tu augusta mano, ante el linaje humano que te aclama fuerte y otra bueno; pero, en la tempestad como en la calma, mejor te muestra al alma la luz del astro que la voz del trueno.

FEDERICO BALART.

